

aguardar el giro que tomarían las cosas en Haguenau, y como las noticias que de allí se recibieron, hicieron que no pareciese oportuna la presencia de un Legado, acabóse finalmente por desistir de su misión. También Cervini, aun cuando su nombramiento de legado se había ordenado principalmente para la Dieta imperial, recibió la orden de permanecer en la corte del Emperador y abstenerse de ir á Haguenau (1).

De esta suerte se quedó Morone solo en su difícil situación en Haguenau, donde desplegó una actividad por demás laboriosa. Como los Estados católicos no podían ponerse de acuerdo, encomendaron á Fernando I la elección de medianeros para las negociaciones, y el Rey de romanos confió este cometido á los príncipes electores del Palatinado y Tréveris, al obispo de Strasburgo y á Luis de Baviera; la cual fué una muy desdichada elección, pues el elector palatino y el duque de Baviera se aborrecían mortalmente, y además este último era contrario á toda avenencia. Pero lo que parece más incomprensible es la elección del Príncipe elector palatino, al cual raras veces dejaba la embriaguez, y á quien guiaban enteramente sus consejeros luteranos. Y como por esta causa se quejara Morone á Fernando I, replicó éste, que había elegido á aquel príncipe solamente ¡para prevenir que no se hiciera todavía peor! (2)

Entretanto habían llegado también los enviados protestantes, á quienes se había recomendado permanecieran firmes en la resolución de Frankfort de no aceptar el coloquio religioso sino según la forma allí acordada y excluyendo á los enviados del Papa. Además, se les había inculcado, si no á la letra, por lo menos en el sentido, que perseveraran en la Convención de Schmalkalda; esto es, que permanecieran invariablemente fieles á la Confesión de Augsburgo (3). Frente á esta apretada unidad, se hacía todavía más notable la división que reinaba entre los católicos (4). La proposición de los príncipes mediadores, de que, dejando á un lado los puntos convenidos en Augsburgo en el año de 1530, no se tratara sino sobre los artículos no convenidos, fué rechazada por los protestantes, mostrándose claramente que és-

(1) Cf. Dittrich, Contarini 523 s.

(2) Cf. Laemmer 282 s., Pastor, Reunionsbestrebungen 191.

(3) V. Moses 34.

(4) Cf. Winkelmann III, 72 s.; Moses 36.

tos querían tomar por base de las deliberaciones, los acuerdos no confirmados de Frankfort; cosa que Morone procuró estorbar con todas sus fuerzas (1).

Atendiendo á la contumacia con que los protestantes se aferraron á sus propósitos, y á la división que reinaba entre los católicos, resolvióse Fernando I, á 16 de Julio, á acordar una dilación del coloquio, la cual se anunció, después de largas deliberaciones, en el receso de 28 de Julio.

Con arreglo á esto y reservando la aprobación al Emperador, debía abrirse en Worms, á 28 de Octubre, un «coloquio cristiano» con el fin de arreglar provisionalmente los asuntos religiosos, al cual se seguiría, para tomar otras resoluciones, la Dieta del Imperio. En dicho coloquio deberían intervenir once individuos de cada partido, y aun cuando los protestantes habían acordado en Frankfort excluir al representante del Papa, dejaron á la resolución del Emperador el que fuera admitido, bien que acentuando, que no por eso reconocían el Primado.

Los católicos accedieron por su parte, á que se tomara como base de las conferencias la Confesión de Augsburgo junto con su Apología (2). En esto se contenía una concesión importante, como quiera que los protestantes daban grande importancia á este punto, pues esperaban poder ganar de esta suerte nuevos partidarios, explicando sus doctrinas ante un numeroso auditorio. Sin embargo, amargóseles el gozo de este éxito, por cuanto hubieron de confesarse que no habían alcanzado su objeto principal, es á saber: mantener las resoluciones de Frankfort; no habían conseguido excluir al Papa ni habían tampoco obtenido que, según lo acordado en Frankfort, se establecieran dos comisiones, una grande y otra pequeña; por lo cual se lamentaba Butzer amargamente, de que querían ahora reducir el coloquio á un corto número de personas (3).

Pero también la Santa Sede tenía razones para estar descon-

(1) Cf. Laemmer 285 s., y Dittrich, Morone 168 s. En 7 de Julio, Morone, como lo atestigua su dictamen, hizo privadamente al rey de Romanos la proposición de convocar un congreso internacional de sabios, de 60 miembros, para deliberar acerca de los puntos controvertidos; lo cual Fernando dió muestras de elogiar, mayormente por cuanto el concilio se estrellaría en la resistencia de Francia (Laemmer 286 s. y Nuntiaturberichte V, 444).

(2) Ranke VI, 279 s.

(3) V. Lenz I, 188 s.; Kannengiesser 9 s.

tenta del convenio de Haguenau, el cual representaba una derrota de la Curia (1), por cuanto, á pesar de todos los esfuerzos en contrario, se iba á parar á un nuevo coloquio religioso, y éste además sobre una muy desfavorable base. Don Fernando determinó inmediatamente los representantes de los católicos, al paso que se dejó á los protestantes la libre elección de los suyos; y asimismo era desfavorable para los católicos el no haber procedido Don Fernando, en la elección de los representantes, con la necesaria cautela. Compréndese, pues, que Morone saliera de Haguenau con la triste impresión de que, por el camino de los coloquios y dietas, emprendido por los Habsburgo, no se podía esperar en manera alguna el restablecimiento del orden en Alemania, sino más bien nuevas y más graves pérdidas para la Iglesia. Si el Papa no intervenía resueltamente (escribía á Farnese á 27 de Julio), toda Alemania acabaría por abrazar el protestantismo (2).

2.

En Roma se habían recibido con solicitud creciente las noticias acerca del giro que tomaban las cosas en el congreso de Haguenau, y no fué en manera alguna la indiferencia, lo que hizo diferir primero, y abandonar después la misión de Contarini; ni tampoco fueron las diferencias que existían entre el Emperador y el Papa, referentes en parte á los intereses particulares de los Farnese, las que ejercieron un influjo decisivo (3). Las causas eran mucho más hondas.

El mismo curso de las negociaciones de Haguenau y el que Fernando I hubiera hecho enteramente caso omiso de la Santa Sede, fué lo que frustró toda esperanza de que un Legado pontificio pudiese alcanzar allí cosa alguna; y aun hubo de parecer dudoso que un enviado semejante pudiera desempeñar en aquel

(1) Egelhaaf II, 377.

(2) V. las relaciones de Morone á Farnese de 23 y 27 de Julio de 1540, publicadas por Laemmer 290-292 y Dittrich, Morone 177 s. La traducción de «dan parole alle lor M^{te}» (Laemmer 291) por dan palabras «(Parole ausgeben)», que trae Dittrich, Contarini 527, es falsa.

(3) Esto lo supone falsamente Moses (p. 38).

congreso un papel correspondiente á su dignidad. Por esta razón no se dió tampoco á Cervini permiso para dirigirse desde la corte imperial á Haguenau. El mismo día, 26 de Junio de 1540, en que Farnese comunicaba esta orden á Cervini, determinaba Contarini, en nombre del cardenal nepote, la actitud de la Santa Sede y de los plenipotenciarios pontificios respecto de las negociaciones para la concordia en los asuntos religiosos. Se ha de considerar muy bien (se dice allí), cuán intolerable situación se produciría en caso de tomarse en aquella asamblea alguna resolución contraria al honor de la Sede Apostólica, de lo cual el Legado se vería en la necesidad de ser testigo. El Papa estimaba que ya se le infería una injuria con cualquiera deliberación religiosa entablada sin consultarle ni contar con su aprobación. Debía asimismo tenerse muy en cuenta, que los católicos no asistían á aquel congreso sino muy de mala gana; por lo cual Su Santidad creía que Cervini no podía ir á Haguenau sino en el caso de que los católicos solicitaran esto urgentemente y prometieran además no consentir en ninguna concordia ó avenencia, en los negocios religiosos, que no aprobara el Papa, Vicario de Cristo. La misma promesa deberían hacer también por escrito el Emperador y el Rey de romanos; y en todo caso, el Papa era de parecer que la presencia de Cervini ó de otro Legado en el congreso, no podría ser en modo alguno provechosa para la Iglesia. Por lo demás, quería el Papa que su representante tratase con amor, no sólo á los católicos, sino también á los luteranos, así á las personas doctas como á los nobles, y principalmente á los príncipes, y manifestara el deseo de que todos ellos volvieran á la unidad de la Iglesia; y todo esto sin reproches ni expresiones de disgusto; pues todos eran hijos del Santo Padre, aun cuando extraviados, á los cuales por ningún caso se debía exasperar (1).

Á 13 de Julio insistió Farnese, en un escrito á Cervini, en que Paulo III no podía resolverse, atendiendo al curso que llevaba hasta entonces la asamblea de Haguenau, á enviar á Contarini; pues no quería exponer á un desaire el honor de la Santa Sede (2).

El mismo Contarini aprobó enteramente los «graves motivos que prescribían al Papa su conducta». «Yo, escribía, me mostraré

(1) V. Dittrich, Regesten 312-313 y Contarini 524; cf. Nuntiaturberichte V, 317.

(2) V. Nuntiaturberichte V, 340.

siempre obediente al Santo Padre; pues, con su gran prudencia verá mejor que nadie el tiempo oportuno para enviarme» (1).

La propia y principal causa por qué Paulo III no envió á Haguenau ni á Contarini ni á Cervini, la expresa claramente el cardenal Farnese en un escrito á Morone de 24 de Julio, exponiéndole al propio tiempo los fundamentos de la actitud de la Santa Sede respecto de las negociaciones religiosas en Alemania. Según todo cuanto se dice del congreso de Haguenau, y principalmente, según las proposiciones y apremio de Don Fernando para que á toda costa se obtenga una avenencia con los luteranos, había perdido el Papa toda esperanza de que el congreso tuviera un éxito favorable; por lo cual tenía dificultad en exponer á nuevos ultrajes la dignidad de la Sede Apostólica, y conceder una cierta autoridad, enviando un Legado, á las conclusiones que fácilmente podrían resultar favorables á los luteranos.

Por mucho que Paulo III desee la verdadera unión y reconciliación de los luteranos con la Iglesia (se continúa diciendo en aquel escrito), no le repugna menos el otorgar concesiones de las cuales no podrían resultar sino mayores perjuicios y disidencias en los asuntos religiosos. «Pues, si se condescendiera con los luteranos en algunas de las cosas que consideran como de derecho positivo, y se dejaran para el Concilio los demás puntos pertenecientes á la fe católica; en primer lugar, se formaría un gran prejuicio contra las doctrinas esenciales de nuestra religión; pues se pondrían también en duda cosas ya resueltas por los concilios y confirmadas por la autoridad de tantos varones santos. Además, caso de diferirse aún mucho tiempo la reunión del Concilio, sería muy difícil rehusar todavía otras nuevas concesiones á los luteranos, á los cuales se daría con lo ya obtenido una muy favorable coyuntura para seducir asimismo al pueblo en las doctrinas esenciales de la religión.» Finalmente, representa el cardenal Farnese, que una parcial mudanza de los usos eclesiásticos, practicados desde siglos antes en todas las naciones de la Cristiandad, habría de producir grave escándalo (2).

Cuán grande fuera el disgusto del Papa por el éxito del congreso de Haguenau, se colige de un escrito de Farnese á Cervini de 19 de Agosto. Clara y enérgicamente se ponen allí de relieve

(1) Beccadelli I, 2, 88; Dittrich, Contarini 525.

(2) Laemmer, Mon. Vat. 294 s.; cf. Nuntiaturberichte V, 455 s.

los peligros de semejantes asambleas, y se encarga al legado, trabajar para que las cuestiones religiosas sean remitidas por el congreso á la Dieta imperial, donde se podía esperar mejor éxito, por los buenos sentimientos católicos del Emperador. Si Carlos V no atendiera á estas reflexiones, debería el Legado esforzarse con él para que por lo menos se disminuyera el número de colocuentes, previniendo así la intervención de elementos sospechosos. Además, debería rogar al Emperador, no dejara sencillamente á los príncipes la elección de los diputados, antes cuidara de que tomasen parte en las deliberaciones sabios eminentes como Eck ó Pighius, los cuales, á ser posible, se contarán en el estricto número de los colocuentes, y en todo caso asistieran como representantes suyos ó con otra cualidad. El Papa, por el contrario, desiste de enviar al congreso sus teólogos, por los motivos alegados, y en particular porque acaso sus representantes no serían oídos absolutamente ni siquiera admitidos; con lo cual serían, á lo más, testigos de las resoluciones hostiles al Pontificado, peligro que tenía asimismo presente Don Fernando, cuando aconsejaba se enviaran al congreso representantes sin ningún título oficial. A pesar de todo, el Santo Padre, para dar testimonio de su buena voluntad, tendría dispuestas personas á propósito, para el caso de que el Emperador pensara servirse de ellas en su propio nombre ó para el bien común. Sin embargo, el Papa confía seguramente que no se llegará á nada de esto, sino más bien el Emperador rehusará por sí mismo el congreso (1).

A la verdad, fueron éstas vanas esperanzas. A pesar de todas las reflexiones en contrario de Cervini, Carlos V dió, á mediados de Agosto de 1540, su consentimiento para el coloquio religioso acordado en el receso de Haguenau; declarando, sin embargo, que en él ninguna cosa se resolvía definitivamente, sino habriase de remitir la resolución á la Dieta imperial, á la que él tenía el designio de asistir. El Emperador acentuaba, además, cuánto se disminuiría el peligro del coloquio religioso, si el Papa enviase á Worms un Nuncio y sus teólogos, lo cual se dejaba al arbitrio del Emperador según lo resuelto en Haguenau. Si esto se hiciera, él y su hermano designarían también por su parte otros comisarios, los cuales trabajarían luego de común acuerdo con los re-

(1) Nuntiaturberichte V, 374-376.

presentantes del Papa, para llevar las negociaciones á buen término (1).

El cardenal legado Cervini y el nuncio Poggio aconsejaban urgentemente al Papa que, para evitar mayores peligros, enviara á Worms un Legado acompañado de hábiles teólogos. Cervini designaba á Contarini, quien por lo demás sería grato á todos. En una conversación con Granvella, de la que daba cuenta Poggio á 10 de Agosto, hizo aquél asimismo referencia á Contarini. Si el Papa, escribía Poggio, no se resuelve á enviar al coloquio religioso un Legado con hombres doctos, toda Alemania y aun toda la Cristiandad creará que Su Santidad no se cuida de la religión, ni de este país, cosas que ya muchos andan diciendo (2).

La situación de Paulo III era por extremo difícil: por una parte, los mismos motivos que hicieron abandonar finalmente el viaje de Contarini á Haguenau, existían también respecto de la asamblea convocada en Worms; y por otra parte, parecía muy peligroso dejar á su propio desenvolvimiento las cosas religiosas de Alemania, acostumbrando cada vez más á los príncipes y á los pueblos á la idea de que podían tratar sin el Papa los asuntos de la religión.

Asimismo era necesario usar de condescendencia con los esfuerzos, en el fondo equivocados, de los Habsburgo, por la triste situación y la división religiosa de Alemania, y por la dificultad y aun imposibilidad de reunir un concilio universal en el presente estado de las cosas, á lo que se agregaba además otra circunstancia. Había costado no poco trabajo establecer, contra los protestantes, en el receso de Haguenau, que el Emperador pudiera invitar á Worms á los plenipotenciarios pontificios. Si, pues, éstos no acudían, podría parecer como si los protestantes hubiesen conseguido la victoria también en este punto. De esta suerte la ausencia de representantes del Papa hubiera tomado el carácter de exclusión de los mismos (3).

El Papa sometió esta difícil cuestión al dictamen de los cardenales Ghinucci, Contarini y Aleander, los cuales reconocieron

(1) V. la relación de Cervini en las Nuntiaturberichte V, 407 s. y la relación de Santio á Morone de 15 de Agosto de 1540 en la Zeitschr. für Kirchengesch. III, 645 s.

(2) Carta de Cervini de 10 de Agosto de 1540 existente en las Nuntiaturberichte V, 367; la de Poggio se halla en Dittrich, Morone 202.

(3) Pallavicini I. 4, c. 11.

bien que, para evitar los peligros que amenazaban, no quedaba otro recurso sino enviar un legado con la mayor presteza posible; y á 5 de Septiembre se pusieron de acuerdo para proponer que se confiara á Contarini este cometido. Como teólogos que le asesorasen, fueron recomendados el General de los Conventuales Franciscanos, el abad benedictino Gregorio Cortese, el maestro del Sacro Palacio Tomás Badía, Pedro Mártir Vermigli, Pedro Ortiz y Antonio Flaminio (1). Contarini había preparado ya su partida para la mañana del 6 de Septiembre, con el fin de dirigirse primero á Viterbo donde estaba el Papa; cuando en la tarde del 5 de Septiembre llegó aviso de Farnese para que los tres cardenales propusieran otro prelado que no fuera cardenal. En esto condescendió Paulo III con el deseo de Carlos V, el cual, según le había declarado á 4 de Septiembre el embajador imperial Aguilar, deseaba un cardenal legado sólo para la Dieta siguiente y, por el contrario, para el coloquio de Worms un simple prelado, pero de bastante nombradía. La elección recayó á 6 de Septiembre en Tomás Campegio, obispo de Feltre (2). El Papa tuvo al principio dificultades contra ella, temiendo que Campegio, como hermano del cardenal, pudiera, por ventura, no ser bien visto en Alemania (3). De mejor gana hubiera enviado al obispo de Verona Giberti, pero desistió de esta elección, acaso porque, como adicto al partido francés, hubiera sido menos grato al Emperador (4). Finalmente nombróse á 1.º de Octubre á Tomás Campegio, Nuncio para el coloquio de Worms. Como teólogos debían acompañarle Gregorio Cortese, Tomás Badía, el francés Pedro Girard y el «doctor escocés» Roberto Vauchop, obispo electo de Armagh. El Papa se abstuvo de elegir personas religiosas, por consideración á los protestantes (5); y fuera de esto, encargóse á Morone y Pog-

(1) Dittrich, Contarini 532 s.; cf. Dittrich, Morone 206 nota.

(2) Cf. Cortesii opera I, 53; Dittrich, Contarini 534 s. y Regesten 134; Solmi, Contarini 9-10. A las relaciones que aquí se aducen, hay que añadir la *carta de L. Strozza, fechada en Roma á 20 de Septiembre de 1540. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. Dittrich, Contarini 535.

(4) Cf. Pallavicini I. 4, c. 11, n. 9; Dittrich, Contarini 536. En 16 de Octubre de 1540, Morone escribió á Farnese, que el rey Fernando se había quejado delante de él de la amistad del Papa con los franceses, y como prueba de ello, había aducido también la designación de Giberti para el coloquio (Dittrich, Morone 220 s.).

(5) V. Acta consist. en Moran, Spicil. Ossor. I, y 13, y Pieper, Nuntiaturen 138; cf. Nuntiaturberichte V, 475 s.; Dittrich, Contarini 536 s.; Solmi, Contarini

gio, nuncios ordinarios de los Habsburgo, que se encaminaran á Worms (1).

Campegio salió de Roma el 8 de Octubre (2), y en la instrucción que se le dió, se decía por significativa manera: Aun cuando semejantes negociaciones, en las cuales se ha de disputar acerca de la religión, el Papa, no sólo no puede aprobarlas, sino aun debe abominar de ellas, por prescribirse sin la aquiescencia de la Santa Sede; quiere, sin embargo, seguir el ejemplo de Aquél cuyo lugar tiene, aunque indigno, el cual, por causa de los hombres, humilló Su Majestad tan profundamente. En Worms debía Campegio ponerse ante todo en relaciones con Morone, y hacerse ilustrar por aquel varón tan enterado de las circunstancias de Alemania. En el trato con los católicos que habían llegado á vacilar en su fe, se le recomendó la mayor precaución; generalmente debía mostrarse Campegio pronto para oír y tardo para hablar. Á los fieles católicos debía el Nuncio apoyarlos y aconsejarlos, y asimismo debía tratar con bondad y amigablemente á los protestantes, aun cuando ellos procedieran de una manera hostil; bien que al mismo tiempo debía mostrar con todo su proceder, que semejante espíritu conciliador no nacía de flaqueza ni desconfianza en la propia causa, sino de caridad apostólica. Ante todo, Campegio y sus acompañantes debían abstenerse de trabar cualesquiera disputas; pues no habían sido enviados para litigar en aquel coloquio, ó decidir algo en él, sino sólo para asistir á la asamblea conforme á los ruegos de Don Carlos y Don Fernando. Deliberar con los católicos, apaciguar á los protestantes, é inquirir sagazmente sus designios, recibir todas las proposiciones de avenencia, solamente para informar de ellas y esperar la resolución de Roma; finalmente tener solicitud de que la situación de la Iglesia católica no se empeorase todavía más: he aquí lo que debía constituir en Worms su cometido (3).

10. L. Strozza cuenta, en *2 de Octubre de 1540, que la elección de Campegio se efectuó «non senza meraviglia di molti» (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Sobre Bauhop, v. Moran, Spicil. I, 13 s.; Bellesheim, Irland II, 70 y Zeitschr. für Kirchengesch. XXIII, 438 ss.

(1) V. Pieper, loc. cit., 139 y Nuntiaturberichte V, 476.

(2) Cf. Nuntiaturberichte V, 479. Precisamente entonces regresó á Roma Cervini, como lo avisó L. Strozza al cardenal Hérc. Gonzaga en 9 de Octubre de 1540 (*Archivo Gonzaga de Mantua*); añadiendo que el 15 fué recibido en el consistorio; v. *Acta consist. del *Archivo consistorial del Vaticano*.

(3) La instrucción está impresa en Raynald 1540, n. 54-56, no del todo co-

El Emperador designó á su ministro y consejero de toda su confianza, Granvella, por comisario para el coloquio religioso de Worms, dándole amplios poderes. Como Presidentes perpetuos, debían asistir, junto con Granvella, los comisionados de los príncipes electores de Maguncia y del Palatinado, del duque Luis de Baviera y del obispo de Strasburgo. Aun cuando Granvella era tenido por muy complaciente con los protestantes, no mostraron éstos inclinación ninguna á hacer concesiones por su parte. En una reunión de novadores, teólogos y hombres de Estado, se acordó en Gotha, á fines de Octubre, que contra las múltiples artimañas de los «papistas» debían atenerse simplemente y sin ulteriores explicaciones, á los artículos dogmáticos de la Confesión de Augsburgo, sin ceder en ningún punto ni darse por entendidos en lo que acaso se hubiese concedido en las negociaciones de Augsburgo para la concordia. El príncipe elector Juan Federico de Sajonia, encargó además expresamente á sus enviados, que se opusieran, aun en el caso de que algunos Estados de su partido se declarasen dispuestos á ceder; sin preocuparse de que por esto pudiera nacer alguna excisión. El les mandaba que persistieran en las resoluciones de Schmalkalda, rehusando el Concilio convocado por Paulo III y negando al Papa toda precedencia (1).

Cuando Campegio llegó á Worms el 4 de Noviembre, halló que se estaba todavía muy distante del comienzo de las negociaciones. El, que había emprendido el viaje á Worms con tan halagüeñas esperanzas (2), hubo de observar muy pronto, sin

rectamente (ibid. se hallan también los breves que la acompañaban para Campegio, de 1 de Octubre, para Pighius y Ant. Granvella de 4 de Octubre) y en Offmann, Nova Script. collectio I, 589 s. La fecha aquí indicada, 5 de Octubre (no 11, como dice Raynald), es exacta; pues tienen la misma los ejemplares que hay en el *Archivo secreto pontificio* (v. Pallavicini l. 4, c. 11) y en los archivos aducidos por Pieper (Nuntiaturen 140, nota 1); tiene también la misma la copia del *Archivo imperial de Munich* (Instruct. nunt. apost. I, 535-550) y una colección procedente de Nápoles «Instrutt. diverse di Paolo III», que yo examiné en 1897, en la librería del anticuario St. Goar de Francfort del Mein. En un manuscrito del *Archivo Graziani de Città di Castello* (Istruzioni I, 317) tiene asimismo por fecha el 5 de Octubre de 1540, y además también la noticia siguiente: Discesserunt [Campegio y sus compañeros] postridie, id est die 6 Octobris.

(1) Cf. Pastor, Reunionsbestrebungen 200; 61 s.

(2) Es evidente que Campeggio fué confirmado en su optimismo por el amable recibimiento que le hacían los protestantes en su viaje (v. de Leva III, 401).